

FERNANDO PÉREZ MONTESINOS, TATIANA PÉREZ RAMÍREZ y EDGAR URBINA SEBASTIÁN (coords.), *El ascenso maderista y el fin del régimen porfiriano*, México, El Colegio Mexiquense, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2024, 268 pp. ISBN 978-607-883-667-3 (El Colegio Mexiquense) ISBN 978-607-549-193-7 (INEHRM)

*El ascenso maderista y el fin del régimen porfiriano* es una obra conformada por nueve trabajos académicos de gran riqueza, variedad y profundidad que tienen en común, casi todos, la temporalidad en que se desarrollan sus objetos de estudio, que se encuentra entre fines del siglo XIX e inicios del XX. De ahí que el título de la obra marque el periodo de estudio más allá del objeto de investigación.

Dichos artículos están organizados en tres ejes que incluyen textos que van de la historia regional a la historia económica, pasando por temáticas que se encuentran dentro de la historia política, militar, ambiental y feminista.

Por otro lado, los autores plantean como hipótesis general que el maderismo fue un punto de inflexión que no sólo acabó con el régimen porfirista, “sino también con el orden liberal decimonónico”. Por lo que el maderismo obligó a la gran variedad de actores políticos y sociales del país a tomar una postura, de una vez, por todas, frente al régimen de Díaz. Asimismo, los autores consideran que Madero buscó instaurar un liberalismo representativo y democrático “que hizo casi imposible el regreso al orden político y económico liberal en cualquiera de sus formas” (p. 18). En este sentido, los dos grandes objetivos de la obra son, por un lado, explorar la “génesis, el desarrollo y las repercusiones del derrumbe del Estado liberal” y, por el otro, “estudiar las múltiples formas en que esa disyuntiva inédita [el maderismo] se materializó” (p. 18).

Los autores se acercan de manera más realista a los alcances y límites del libro al momento de plantear una breve justificación de la obra y sostener: “No se pretende dar un panorama general sino proporcionar una muestra de distintos escenarios y procesos que se gestaron en el

momento preciso en el que un régimen entró en crisis y el teatro nacional se convulsionó ante el llamado de Madero” (p. 21).

Con este asidero en el horizonte, Fernando Pérez Montesinos presenta el primer trabajo, denominado “Auge y caída del capitalismo maderero en la meseta purépecha, 1880-1914”. En el texto se hace una interesante revisión del impacto del capitalismo y la llegada de la infraestructura ferrocarrilera en esta zona de Michoacán durante el periodo citado. El autor muestra los efectos económicos, políticos, sociales y ambientales de la tala de madera y sus distintos usos productivos, marcando dos periodos de la explotación forestal a gran escala: la primera de 1880 a 1899 y la segunda de 1900 a 1914. La segunda etapa se caracterizó por la entrada de los capitales extranjeros, quienes con maquinaria y crédito iniciaron una tala extensiva e intensiva de madera para, entre otros productos, abastecer de durmientes para las líneas del ferrocarril que se construían. Estos cambios en la “cosecha de los bosques” produjeron tensiones y disputas sobre la propiedad de las tierras. Comuneros de toda la meseta, élites locales, gobierno estatal y capitalistas extranjeros no sólo modificaron el paisaje michoacano también alteraron el orden social, el cual se trastocó finalmente con la irrupción revolucionaria.

Pérez Montesinos afirma que el ascenso de Madero no causó “cambios radicales en la explotación forestal” y tampoco provocó que los comuneros se sublevaran unánimemente contra las compañías madereras. Lo que sí provocó el inicio de la Revolución en la meseta purépecha fue la intrusión de grupos armados, sin importar partidos o posturas; cuadrillas de salteadores; cuerpos armados contratados por las empresas extranjeras, etc. Lo que “complicó el desarrollo y ritmo de las operaciones y utilidades madereras”.

La toma militar del poder a manos de Victoriano Huerta sólo complicó las condiciones materiales y financieras de la industria maderera de la entidad. La infraestructura ferroviaria del país dejó de funcionar de manera convencional, por lo que la distribución de la madera se perturbó. Por otro lado, el sistema financiero colapsó. La Revolución en su primera etapa terminó con el régimen maderero capitalista de Michoacán. El ascenso de Madero culminó con la consolidación del liberalismo económico en dicho territorio y los grupos político-sociales de la meseta purépecha no tomaron una postura clara dentro

de la Revolución; aprovecharon, según se infiere, la violencia de ese momento para radicalizar sus posiciones políticas y llevar al terreno armado sus añejas y nuevas diferencias.

La siguiente colaboración, de Rodolfo Fernández, “Desastre, crisis política y capitalismo: la inundación de Monterrey en 1909 y los orígenes de la revolución maderista”, aborda el tema político del reyismo en 1909 en el marco de la reelección porfirista. Lo hace desde un análisis regional, teniendo como eje la inundación de Monterrey en ese año, producida, en parte, por una inexistente planeación urbana e intervención estatal en la identificación de riesgos de lo que hoy en día se llama protección civil. El autor lo plantea de la siguiente manera:

Ésta es la historia de cómo una crisis política [la aparente intención de Díaz de eliminar a Reyes de la gubernatura de Nuevo León], una economía voluble [el desarrollo industrial de Monterrey con sus contradicciones sociales] y un desastre [la inundación de 1909] alteraron las estructuras de poder en el estado de Nuevo León [Reyes tras la crisis de la inundación dimitió y se reafirmó en el poder Gerónimo Treviño] y encaminaron a México hacia una década de revoluciones [no se muestra claramente cómo estos acontecimientos encaminaron a 10 años de levantamientos en gran parte del país] (p. 42).

El autor explica con gran claridad los impactos sociales de la industrialización regiomontana y el desarrollo de un sector urbano en dicha capital en la cual se asentaron los migrantes nacionales que llegaron a Monterrey a trabajar, San Luisito, lugar más afectado de la inundación referida. Fernández plantea que la inundación y la ausencia de Reyes en Monterrey durante los primeros días de la tragedia fueron aprovechadas por Díaz y Treviño para marginar al gobernador del estado de la escena política de su entidad. Bernardo Reyes renunció a la gubernatura de Nuevo León y salió del país. Este segundo artículo toca alguno de los planteamientos generales de la obra, en tanto aborda la postura de Reyes respecto al porfiriato, que no ante el maderismo. También muestra los efectos nocivos del capitalismo liberal para el desarrollo de la clase trabajadora. No obstante, su temporalidad y, por ende, análisis, queda aún lejos de mostrar el “punto de inflexión” de la revolución maderista en el derrumbe del estado liberal porfiriano.

El tercer capítulo del libro se titula “Los apicultores de la Revolución: la llegada de la abeja con aguijón a la península de Yucatán en el siglo xx”, de Angélica Márquez-Osuna. El interesante texto presenta el proceso de modernización en la apicultura en Yucatán, a partir de 1915, con la introducción de la abeja con aguijón (*Apis mellifera*), la cual desplazó a la abeja nativa y doméstica. Aunque no es el objetivo del trabajo, quizá el lector guarda la inquietud de saber cuáles fueron los efectos medioambientales y culturales de este desplazamiento. Lo que sí señala con claridad la autora es que esta modificación significó que esa entidad dejara al cultivo del henequén como su actividad primaria por la apicultura intensiva y extensiva, convirtiéndose en uno de los centros de producción de miel y cera a nivel mundial. El artículo se vuelve revelador cuando se indican cuáles fueron los dos factores que configuraron la introducción de la apicultura moderna: “Por un lado, las continuidades entre el porfiriato y la Revolución durante las dos primeras décadas del siglo xx, cuando prevalecía el interés por tecnificar y modernizar el paisaje agrario del país. Por el otro, el énfasis de los gobiernos revolucionarios en la educación, en el caso de Yucatán, a partir de 1915” (p. 92). En síntesis, los expertos extranjeros que llegaron a México en el porfiriato para implementar este nuevo modelo de apicultura (Mario Calvino y J. de Boer) tuvieron gran éxito con su encomienda durante el maderismo. Tras las dificultades de la guerra interna entre 1913 y 1914, encontraron cabida en el gobierno educador y revolucionario de Salvador Alvarado en Yucatán. En este sentido, el trabajo de Márquez-Osuna contradice la hipótesis central del libro que concibe como una ruptura al porfiriato y su liberalismo con el régimen revolucionario de Madero. No obstante, una de las similitudes que unen estos tres primeros textos son los efectos políticos, sociales y económicos en la implementación del capitalismo moderno en el México de ese tiempo.

El capítulo “De cómo los chinamperos se convirtieron en rebeldes surianos: el zapatismo en la región de Tláhuac poco antes y durante el gobierno de Francisco I. Madero”, de Baruc Martínez Díaz, aborda el proceso de despojo y opresión del hacendado español Íñigo Noriega a los pueblos lacustres de Chalco y Xochimilco. Estos últimos habían construido una economía y cultura ligada a los cuerpos de agua de ambas zonas, los cuales fueron desecados para implantar un proceso de producción modernizador, según el hacendado y el

gobierno porfirista que lo respaldó. También hubo expropiaciones a fin de favorecer a Noriega. Estas acciones generaron violencia, la cual nunca se mostró de manera amplia y sostenida debido a la cooptación de sectores influyentes de la zona; el respaldo del gobierno; el uso de la fuerza por el hacendado; la incorporación como peones por parte de los pobladores de la zona; la ineficacia de la vía legal para restituir los pueblos, entre otras.

La tensión y violencia aumentó en 1911 con el levantamiento zapatista. Por un lado, el autor presume que había cercanía entre el levantamiento y los pobladores de la zona; por otro Noriega con respaldo militar se volvió más represivo contra la población que el levantamiento zapatista.

La llegada de Francisco León de la Barra no cambió la situación en la región. El hacendado contaba con una fuerza irregular con adiestramiento militar de entre 200 y 400 elementos para defender sus propiedades de todo lo que pudiera desafiarlas. La llegada de Francisco I. Madero tampoco corrigió el despojo y abusos cometidos por Noriega, al contrario, el presidente visitó la hacienda del personaje, lo cual enardeció más los ánimos. En 1914, el Ejército Libertador del Sur tomó la hacienda de Noriega destruyéndola. La Revolución restituyó parcialmente las tierras a los pobladores, pero nunca se pudo restaurar la vida cultural, política y económica que existía con los lagos en su modo natural.

Este texto de historia política regional vuelve a cuestionar la hipótesis general del libro sobre el maderismo como una ruptura con el porfiriato; por el contrario, remarca las continuidades.

Por su parte, Tatiana Pérez Ramírez ofrece una investigación sobre el fin del régimen porfirista en el Estado de México por medio de la figura del gobernador Fernando González. En un ejercicio de microhistoria política, reconstruye el ambiente previo y posterior al colapso del porfirismo en la región, destacando la manera en que el maderismo desestabilizó estructuras de poder previamente sólidas.

Este estudio se alinea con la hipótesis de que el maderismo obligó a los actores políticos y sociales a definirse. La renuncia de González en 1911 —figura estrechamente ligada a Díaz— representa no sólo el derrumbe de un gobierno estatal, sino también la disolución de una forma de gobernar heredada del siglo xix. El análisis hemerográfico muestra cómo, en cuestión de meses, la estabilidad de la élite local se

desmoronó, dejando un vacío que sería ocupado por nuevos actores con distintas legitimidades, como Medina Garduño.

Sin embargo, el texto también muestra los límites del maderismo como fuerza articuladora en el Estado de México: su presencia fue débil y fragmentaria, con adhesiones dispersas y una fuerte continuidad de estructuras de poder previas. Este matiz contribuye a una lectura más compleja del proceso de transición política e invita a analizar ese periodo histórico desde las continuidades más que desde las rupturas totales.

El apartado de Helga Baitenmann, “El otro incipiente movimiento feminista”, amplía el campo de análisis del libro al incorporar la dimensión de género en la interpretación del maderismo, enfocándose en las mujeres trabajadoras e intelectuales que confluyeron en el movimiento revolucionario desde el Partido Liberal Mexicano y el antirreeleccionismo.

Baitenmann argumenta que el maderismo, si bien no fue un movimiento feminista, permitió la articulación de demandas laborales de las mujeres y abrió un espacio (efímero pero crucial) para que estas propuestas influenciaran al naciente Estado posrevolucionario. En este sentido, su colaboración se sitúa dentro del segundo objetivo del libro: estudiar cómo se materializó la disyuntiva generada por el maderismo en sectores específicos.

La inclusión de las demandas laborales en el artículo 123 constitucional es presentada como uno de los logros más concretos de este movimiento, destacando cómo un feminismo obrero emergente supo insertarse en los espacios de poder. Este análisis subraya que el quiebre del orden liberal decimonónico también implicó una reconfiguración de los sujetos políticos legítimos, abriendo paso –aunque de forma limitada– a las voces femeninas en el ámbito público.

El texto de John Tutino, “Sueños de democracia ideal”, articula una lectura estructural e histórica de largo aliento, situando el maderismo como el intento fallido de instaurar una democracia representativa en un país cuya historia estuvo marcada por la centralidad del poder militar desde 1808. Desde esta perspectiva, el fracaso de Madero no fue un hecho circunstancial, sino el resultado de una contradicción histórica profunda: la imposibilidad de construir un Estado liberal democrático sin una base de coerción legítima y efectiva.

En este sentido, el texto contradice la hipótesis principal de la compilación al mostrar que el maderismo no derrumbó el Estado liberal porfirista, ya que careció de mecanismos democráticos funcionales y de legitimidad amplia. Al no contar con una fuerza propia ni con la adhesión plena de las élites militares, Madero quedó atrapado entre la reacción de los poderes porfiristas y las demandas sociales de los sectores subalternos.

Tutino evidencia cómo el ideal democrático maderista fue superado por la lógica de la Revolución, en donde los actores populares (como zapatistas y villistas) rechazaron la moderación política del presidente en favor de una redistribución profunda del poder y de la propiedad. Así, el artículo da cuenta de cómo el maderismo abrió un ciclo que desbordó sus propios límites y que terminaría en la construcción de un nuevo Estado posrevolucionario, corporativo y no democrático.

Con un enfoque más localizado y empírico, Edgar Urbina Sebastián en su texto analiza las operaciones del general Juvencio Robles en Morelos durante el maderismo, caracterizadas por una violencia indiscriminada contra la población civil. La actuación del ejército federal revela la profunda desconexión entre el proyecto democrático de Madero y la realidad de las fuerzas que supuestamente debía controlar.

Este capítulo se inscribe de lleno en la segunda hipótesis del libro: el maderismo obligó a los actores sociales a definirse. En Morelos, la respuesta del Estado fue el terror. Ante la imposibilidad de una mediación política o de reconocimiento a las demandas campesinas, el ejército optó por la represión brutal, lo que debilitó aún más al gobierno maderista y aceleró su caída.

Urbina muestra que esta política de terror no sólo fracturó el pacto entre Estado y sociedad, sino que cuestionó radicalmente la legitimidad del uso de la fuerza estatal. Así, el artículo revela cómo el intento de preservar el orden liberal por medio de la coerción acabó socavándolo definitivamente, dejando a la vista la crisis estructural del modelo político decimonónico.

Finalmente, “La rebelión del cañonero *Tampico* como expresión de la disyuntiva maderista”, de Leticia Rivera Cabrieles, ofrece una mirada profundamente renovadora sobre un episodio poco explorado de la Revolución mexicana: la sublevación del cañonero *Tampico* en 1914, liderada por el teniente Hilario Rodríguez Malpica Sáliva. Desde el

enfoque de la nueva historia militar, la autora se aparta de las narrativas centradas en generales y batallas terrestres para indagar en la experiencia de los marinos de bajo rango que protagonizaron uno de los pocos actos de insubordinación naval durante el periodo revolucionario.

Para la Armada –como para muchas otras instituciones del Estado– se presentó una disyuntiva sin precedentes: reconocer al nuevo régimen huertista o rebelarse en nombre de la legalidad y la institucionalidad que Madero representaba. La decisión de Rodríguez Malpica Sáliva y su tripulación de sustraer un buque y ponerse del lado del constitucionalismo es una manifestación clara de esta ruptura del orden tradicional.

Rivera argumenta que este acto no fue producto de una indisciplina ocasional o del resentimiento personal, como lo sugirieron contemporáneos del régimen, sino de una conciencia histórica y política clara: la de que Huerta era ilegítimo, y que continuar bajo su mando sería traicionar los valores fundamentales inculcados por la institución naval.

La autora sitúa el levantamiento del *Tampico* dentro de una serie de tensiones acumuladas en la Armada: una institución poco modernizada, marginada del proyecto porfirista de progreso, sin poder naval real y marcada por prácticas autoritarias. En este marco, la rebelión no sólo fue un acto político contra Huerta, sino también una expresión de descontento dentro de una estructura militar anacrónica. Así, el maderismo actuó como catalizador de una definición ética, política e institucional que obligó incluso a los actores más disciplinados a tomar partido.

El texto de Rivera cumple plenamente con el segundo gran objetivo de la obra: mostrar cómo se materializó el dilema del maderismo en distintos espacios sociales. Al centrarse en una historia “desde abajo”, la autora reconstruye la experiencia de un grupo subalterno dentro del aparato estatal –la tropa naval– que, lejos de ser pasivo, actuó con convicción frente a un quiebre histórico.

En suma, el libro reseñado contiene trabajos académicos muy valiosos por sus aportes y variedad temática. Éstos seguramente supusieron un desafío compilatorio respecto a su definición conceptual, metodológica y cronológica para articularlos en un todo homogéneo.

Erik Del Ángel Landeros

*Universidad Nacional Autónoma de México*